DÉCIMA PARTE

ELEGÍAS

EL CÓLERA EN LA HABANA.

Silba la tempestad, reina la noche;
Las sombras vacilantes
Mueven las ruedas del nocturno coche,
Y los hórridos rayos resonantes,
Sucedidos del trueno estrepitoso
Al fulgor de relámpagos brillantes,
Rasgan el ancho manto nebuloso.
Los impacientes súbditos de Eolo
Rugen volando en torno al horizonte,
Y el seco Bóreas desde el frío polo
Cae furioso sobro el verde monte
A la playa vecina,
Levantando las olas encrespadas
Que súbitas corriendo
A chocar con las peñas erizadas,
Disuélvense, cubriendo
De blanca espuma el pié de la montaña,
Que el mar del Norte con sus hondas baña.
En este campo tétrico y sombrío
Donde el susto redobla á cada hora
Del monótono buho el ágrio canto,
Y el mar airado con la tierra embiste,
Templaré del dolor la ronca y triste
Lira que ven mis ojos con espanto. (1)
Conticinios de muerte, albas de llanto,
Y auroras de dolor; aún me parece
Veros lucir ¡oh tiempo de las flores!
Si han de seguirte siempre, cuando mece
La brisa tropical tu verde manto,
Penas, lutos y horrores,
Queda de Assan en las incultas selvas,
Y nunca tus aromas derramando
A las campiñas de mi pátria vuelvas.

¡Cuántos vieron el Sol del medio día
Libres de mal con saludable frente,
Y antes que se ocultara en occidente
Ya eran despojos de la tumba fría!
No se diga que el rayo de la guerra
Es más voraz que el abrasante azote
Del Cólera feroz. Cuando se cierra
El paso á una batallón por muchos miles
Fuertes guerreros del opuesto bando,
Dádoles es para salvar las vidas
Rendir sus armas ó morir matando:
Mas con este cometa que se lanza
De la infernal región, envuelto en muerte,
Morir y ver morir ¡oh cruda suerte!
Es la única y bárbara esperanza.
Aún están en mi oido resonando
De los fúnebres carros
Las terríficas ruedas,
Que conducen por plazas y alamedas
Los recientes cadáveres del Cólera,
Y oigo el adusto conductor que canta,
Por ver, buscando calma á su tormento,
Si de valor con el fingido acento
El torvo ceño de la muerte espanta.
¡Oh sagrado Pastor! ¡divino Espada!
¿Porqué la Parca nos robó primero
Tu vida santa, pura, inmaculada?
¿Porqué volaste al cielo, alma sensible,
Antes que el númen fiero
Blandiese su cuchilla destructora
Con furia irresistible,
Por Cuba hermosa que tu ocaso llora,
Y á tí, despues de Dios, primero adora?
¿Porqué tu faz de estrella luminosa
Doblar quisiste en funerario velo?
¡Cuánto afligido padre hubiera hallado
En tu dulce virtud santo consuelo!
¡Y cuánto desdichado,
A quien más que la peste, la miseria
Hizo morir, hubiérase salvado!
Célica sombra angelical, recibe
Esta lágrima tierna, consagrada
Por mi fiel corazón á tu memoria,
Y si tu pura candidez te agrada,
Desde el trono de Dios, una mirada
Clava en mi frente, y cúbreme de gloria.
El cano padre, el hijo, el tierno amante,
Y la jóven lozana,
Y el amigo constante,
Al despedirse con tristeza insana,

Sólo un adiós se daban vacilante:
Nadie osaba decir «*hasta mañana*»
Y si lo dijo alguno,
Entre breves instantes fué llorado
Por aquel mismo que dejó angustiado,
O fueron ámbos á cumplir los ciertos
Votos de la partida,
Al nivel de la honda fosa suspendida
Con polvo humano de apiñados muertos.
De la noche en mitad, entónces medra
El azote cruel, doquier que giro
Oigo sonar el tétrico suspiro
Capaz de herir á un corazón de piedra.
De Hipócrates los hijos, ¿dónde fueron?
Unos yacen del "*morbo*" acometidos
En lecho de dolor; otros murieron,
Y los que fuertes quedan, aun no bastan
Para atender sus déudos más queridos.
Ved á Narciso que á Rosáura adora
Correr las calles en la noche oscura,
Y á las estrellas se lamenta y llora
Y las demanda de su bien la cura.
¡Infeliz! ¡ay! no implores las estrellas!
¿Sienten los males de los hombres ellas?
De Esculapio un apóstol generoso
Préstale á su querer; guíale lleno
De confianza y pesar. ¡Ay! ya en su seno,
Comunicado el miasma contagioso,
Se albergaba el mortífero veneno.
Llega ¡fiero dolor...! Rosaura es yerta:
Helado, absorto el infeliz la mira,
Abrazándola exclama: «Ya... está muerta...»
Un ¡ay! exhala, y de repente espira.

¿Quereis ver conjurados
De natura los crudos elementos
Contra la humanidad? ¡Ah! no engañados
Penseis tal vez que mi dolor os pinta
Fantástica ilusión. Volved los ojos
Al anclado bajel que en la marina
Sufre tambien la desolante ruina.
El viento calma; la infección se aumenta;
Devorante calor y extraño frío
Al hombre mata, que de sed rabioso,
Como Tántalo muere, querelloso;
Y mientra el hondo mar mueve el navío,
Llévanle á sepultar sus compañeros
En la cercana tierra;
Que allí le ofrece su postrer morada
Léjos del cielo de la pátria amada.

Mirad, mirad en el excelso templo
El doliente rumor que en torno zumba;
Más por pánico miedo de la tumba
Que por honra de Dios; ¡ciegos mortales!
¿Pensais que á Dios como al mortal se engaña?
Ved meretrices y usureros viles
Clamando al cielo con doliente susto
Allá del templo en el recinto augusto.
Por la salud ¡Hipócritas malditos!
Raza vil de protervos y precitos!
Si el Eterno Hacedor no despreciara
Vuestra vil insolencia,
Y airada su clemencia
Los justos de los males apartara,
Y tremendo y colérico lanzara
Sus rayos vengativos,
¡Cuán pocos de su templo sacro-santo
Por justos; ¡ay...! Os escapárais vivos!

¿Porqué el *Te Deum* con festivos ecos
Insensatos cantais? ¿Ya el mal es ido?
Aun los sepulcros os esperan huecos:
Y revuelve el azote enfurecido
Tal vez sobre vosotros, cual pantera
Que ahita ya de devorar, no emprende
Nuevo asalto al redil; mas siempre fiera
Complácese de sangre y de matanza,
Y la asolante garra al paso tiende
Si algun cordero descuidado alcanza.

¿Y en quién ¡Eterno Dios! al despedirse
Descarga el mónstruo su segur tirana?
¡En el caudillo fuerte
Gloria y honor de la marina hispana!
Sentid, buenos, llorad, llorad su muerte.
Y tú, genio del mal, tú que aún exhalas
El álito de muerte repentina,
Venme á cubrir con tus funéreas alas:
Yo no temo tu encono, llega, arruina
Esta existencia amarga.
¿Porqué te he de temer? Ya tú me has muerto.
¿No acabaste mi amor con fiera herida,
Dejándome, al llevar su cara vida,
De luto y llanto el corazón cubierto?
¡Oh! ¡cuán gozoso y sin pesar muriera
El que infelice tus horrores canta,
Con tal de ser tu víctima postrera!
Hiere, Génio infernal, ceba tu furia;
Yo seré memorable; tú temido
Por el género humano;
Pero temido así como un tirano,
Que á la par es odioso y maldecido.

A LA BENDICIÓN

del nuevo Cementerio de «San Carlos» de Matanzas.

(Al D.r Manuel Francisco García.)

¡Salve! tierra sagrada
Unica puerta al eternal camino
Muestra tremenda del poder divino,
Y de los hombres postrimer morada.
¡Oh tú! que pruebas con acento mudo
Lo que fué, lo que es, y será un día
El mísero mortal, estancia umbría,
Campo de bendición, yo te saludo.
El que no te respeta, lugar santo,
Quien en vez de acatarte arroja insultos
A los restos que cubres con tu manto,
No merece al morir fúnebre canto,
Ni es digno de vivir entre los cultos.
Los Babilonios, Tirios y Sidonés,
Fuertes conquistadores, é ilustrados,
Tributábante inciensos y oraciones.
Los bravos hijos de la hermosa Grecia
Madre de los poetas y oradores,
Vertiendo en los sepulcros leche pura
Blanquísimos corderos inmolaban.
Y los Indios, del Sol adoradores,
Saludaban las tumbas cada día,
Y cada luna nueva los veía
Quemando aromas y esparciendo flores.
Las tríbus Canadenses, lamentando
Con tristísimos lloros
Su desgracia funesta, inconsolables
Marchaban olvidando sus tesoros;
Pero sobre los hombros, más discretos
Que otros pueblos, por sábios celebrados,
De sus padres amados
Llevaban los blanqueados esqueletos.
La cuna de las ciencias, el Egipto,
Só las riberas del fecundo Nilo,
¿A quién debe el recuerdo levantado
En mitad de los áridos desiertos,
Si no es al respeto sublimado
Que tuvieron los hombres del asilo
Do reposaban sus monarcas muertos?
¿Qué son, pues, las Pirámides soberbias?
¡Tres tumbas son...! ¡tres puntos suspensivos (2)
En tosca plana de movible arena!

Hé aquí lo que el inmenso espacio llena
En la brillante y misteriosa historia
De una nación potente, grande, antígua,
Unico monumento que atestigua
El esplendor de su pasada gloria.
En vano, en vano del sepulcro inerte
Apartamos los ojos; siempre dista
Igual medida si en verdad se advierte.
¿Dónde fija el filósofo la vista
Que no encuentre reliquias de la muerte?
Al fiero soplo de aquilón sonante
Desciende á tierra el pino destrozado,
Y el polvo de las tumbas arrancado
Vuela á las plantas del pensil distante.
Calma la tempestad; casta doncella
Elige en el jardin purpúrea rosa
Para adornar su cabellera hermosa;
Los donceles codician la flor bella,
Sacrifícanse todos por lograrla,
Y ni siquiera piensan al mirarla
Que el polvo de las tumbas está en ella:
Tantas generaciones como han sido
Desde la creación, ¿daráse un paso,
Habrá dos palmos de terreno acaso
Donde no haya un viviente fenecido?
Todo el mundo es sepulcro. ¿Por ventura
Tornais la vista al piélago espumoso?
Vereis que es insondable sepultura
De meciente cristal el Mar undoso.
Cuántas veces se ha visto á un poderoso
Carros entalamar, ricas libreas
Repartir á sus siervos afanoso
Para libar el néctar amoroso
Al lúbrico fulgor de cípreas teas,
Preparar sus vestidos, anhelante
De volar al festin; mas al instante
Llegar la Parca, herirle de repente,
Y descender á la mansión sombría
Ceñida de ciprés la helada frente
Con el traje de gala refulgente
Que pensaba lucir en una orgía.
¡Y se abroga el mortal la preminencia
Sobre toda existencia conocida!
Oprimir á los otros en la vida
Es su solo poder, su única ciencia
Cuando exclama engreido:—«Lo soy todo:
Mi ligero bajel sus velas tiende
En el Ponto irritado;
Por mi arte el fuego súbito se enciende,
Limpio de gas el aire condensado,

Todo lo puedo yo: sé los secretos
Que el fértil suelo en su interior esconde.»
Oir presume entónces, que la tierra
Al que en sus mismos pensamientos yerra
De su orgullo burlándose, responde
En voz baja y pausada:
—«Calla, loco mortal, tú no eres nada.
Si á enterraros llegasen cualquier día
¿Pensais que yo por eso crecería
Con todo vuestro polvo, una pulgada?»
Y así es la verdad: triste el que ría
Al mirar una horrible calavera
Entre los restos de la tumba fría,
Por que hoy contempla su salud lozana.
¡Infelice de aquel! quizá mañana
Cadáver le hallará la luz del día;
Y al recibirle el génio de las tumbas
Dirá con voz fatídica, insonora:
—«Ayer entraste aquí: mofando hollabas
Libre de mí, la tierra que pisabas:
Ya estás en mi poder, búrlate ahora.»
Mas no será vuestro cantor humilde
El libertino ¡oh tumbas venerables!
Que en vez de daros respetuosa ofrenda,
Sacrílego os ofenda
Semejante á esos entes miserables
Que en burlar se complacen
Los inviolables huesos
Donde sus padres sepultados yacen.
Que los bardos cristianos
No acostumbran violar santos asilos,
Hórrido alarde haciendo de profanos,
Ni con odiosos bárbaros estilos
Visitan el lugar en que tranquilos
Duermen el sueño eterno sus hermanos.
¡Campiña funeral, bendita seas!
Respete el seco Agosto tus verdores;
Y si este canto lúgubre deseas
Recompensar con póstumos honores,
Cubre mi cuerpo de aromosas flores
Cuando en tu seno reposar me veas.

A MI AMIGO R. H....

en la muerte de su deudo el S.r Francisco Rosello.

¡Felices los que duermen en las tumbas!
YOUNG.

Caro deudo del sér infortunado
Cuya inocente grey cubrió de luto,
Cuando de ignoto impulso arrebatado
Pagó á la tierra el general tributo:
Calma sensible el dolorido llanto
De su infeliz familia, y el tormento
De tu fiel corazón minora, en tanto
Que mi amistoso acento
Alza á su tumba funerario canto.
Goza paz eternal, ceniza inerte,
Yerto polvo del hombre virtuoso,
Sin que turbe el profano tu reposo
En los oscuros antros de la muerte.
¡Quién sabe si tu alma arrebatada
De augurio misterioso sobre-umano
Quiso volar á la inmortal morada,
Huyendo pura, la mansión odiada,
De un mundo débil, corrompido y vano. (3)
De un mundo engañador, mentido infierno,
Foco inmenso de negras imposturas,
Que en el vario girar de sus figuras
Es un baile de máscaras eterno;
Cuyo falso oropel es semejante
A un regio panteon, donde brillante
Oro y mármol se muestran á la lumbre
De las pomposas lámparas; mas cuando
Se van las ricas urnas destapando,
Es todo corrupción y podredumbre!
Duerme tranquilo, y no temas
Vayan tu sueño á turbar
Los imbéciles que creen
Henchidos de vanidad
Resolver por lo pasado
Cuanto por venir está,
Y los arcanos que encierra
La insondable eternidad.
Dichoso tú que pasaste
De la vida el temporal,
Y del sepulcro en el puerto
Echaste el áncora en paz.

Bien cual viajero, que estando
De un pantano en la mitad,
Salva de un salto atrevido
Cuanto le resta que andar.
Nada, es lo peor que se puede
En la sepultura hallar,
¿Y en la vida qué? ¡maldades!
La *nada* es mejor que el *mal*.
Si de Dios sin el permiso
No es dado al hombre pensar,
Ni mueve el viento una hoja,
Ni oscila el agua del mar:
Cuando tú morir pudiste,
Es innegable verdad
Que Dios lo quiso, y cumpliste:
Los ángeles no hacen más.
«*Feliz quien duerme en la tumba*»
Sin su virtud mancillar,
Y huyendo del orbe impuro
Se lanza en la eternidad.
Y desgraciado aquel que el hado impío
Condena injusto á desear la suerte
Pudiendo solo en su dolor sombrío
Dar envidiando tan felice muerte
Un ¡ay! de fuego á su sepulcro frío.

A LA MUERTE DE LA JOVEN S.RTA JUANA RUIZ DE LA PLAZA.

Pasó por el triste mundo
Esa vírgen celestial
Como un pensamiento bello
En un alma criminal.
Todos como tú, doncella,
Salieran del mundo impío
Sin dejar al mármol frío
De la losa funeral
Un epitafio mentido
Que cuando el pueblo lo lea
Recuerde la negra idea
Del que bajo de él está!
Sin dejar, para sarcasmo
Del mundo, en tu mausoleo
El enlutado trofeo
De maldecido opresor!
Sin dejar sobre la tumba,
Como terrible anatema,
El cetro y la áurea diadema
Del sér que al hombre oprimió!
Tú al morir lanzaste el alma,
Encantadora doncella,
Tan inocente y tan bella,
Como el Señor te la dió,
Y pasaste por el mundo
Como por la azul esfera
La reluciente lumbrera
Que no vela el nubarron.
Dulce es la muerte que viene
Antes que el crímen infando;
Es dulce espirar pensando
En las glorias del Señor,
Y dormir en pobre tumba
Sin sufrir el peso enorme
De un catafalco, que informe
Al mundo de quién murió.

Dulce es morir tan temprano
Sin conocer la agonía,
Sin saber qué es pena impía,
Sin saber lo que es llorar!
Y es dulce volver al polvo
Ceñida en torno la frente
La aureola bella-inocente
De azucena virginal!
Tú eras pura y candorosa
Y el Señor hubo piedad,
Y te sacó de este mundo
De lágrimas y maldad.
Duerme hasta que llegue el día,
El tremendo día final
En que salgas de esa tumba
Para la gloria eternal.
Duerme, marchito alelí,
Duerme tu sueño profundo
Sin acordarte de aquí,
Sin acordarte del mundo. (4)

A LA MEMORIA DE LA S.RTA JUANA DE RUIZ DE LA PLAZA.

(Aniversario de su muerte).

¡Cuál es tu poder! ¡cuál es!
Tu imperio, virtud sagrada:
Ni aun el sepulcro consume
Tus verdes gloriosas palmas!
Hace un año, dulce amiga,
Que te arrebató la Parca
Y que tus mortales restos
Bajo la tierra descansan.
Ha vuelto la Primavera
De flores mil coronada,
El sol de invierno amarillo
Rebozando en nubes pardas
Que alumbró tu ocaso triste,
Como antorcha funeraria
Ha vuelto á lucir: los campos
De aguinaldos se engalanan;
Todo ha fugado y ha vuelto;
Tú sola, inerte y callada
Reposas muda y tranquila
En el seno de tu nada.
¡Ay! que la tumba no escucha
Ni siente ni vé desgracias,
Ni la enternecen gemidos,
Ni la mueven las plegarias.
La tierra es como los hombres
Y por eso se los traga:
Para devorar mantienen,
Para destruir halagan.
Díganlo sino esos grandes
Que ocultos ya en sus entrañas
Sus herederos se gozan
Con el oro de sus arcas,
Y engañando al necio vulgo
Con inscripciones doradas
Las cubren con duro mármol
Temiendo quizá que salgan.
¡Salud, campo de los muertos!
Sepulturas venerandas!
Aquí triunfan las virtudes
Sin fausto y sin pompa vana!
Aquí el perverso no llega,
Y si llega tiembla y marcha;
Porque aquí no encuentra empleos,
Diamantes, oro, ni plata.
Sólo puede hallar memorias
De sus crímenes é infamias,
Y si algunas huesas mira
Y se atreve á contemplarlas,
Parécele ver en ellas
Una sangrienta fantasma
Que le grita:—«Huye maldito,
No profanes con tu planta
Esta tierra donde tienes
Mil víctimas sepultadas:
Huye, maldito de Dios,
Que ya el infierno te aguarda.»
Entónces despavorido,
Cual plomo que el bronce lanza
Huye el condenado, y nunca
Torna á tí, mansión sagrada:
Empero el amigo fiel
En cuyo pecho no hay mancha,
El filósofo y el vate,
El que las virtudes ama,

Todos sin temor te huellan
En la noche solitaria;
Se sientan sobre las tumbas,
Meditan, lloran y cantan.
Por eso yo, dulce amiga,
Vengo á llorar tu desgracia
Y no temo que las sombras
A escuchar mis ecos salgan.

No pienses, cuando la aurora
Tiña el cielo de escarlata,
Que aquestas perlas vertidas
Las ha derramado el alba.
Acoje mi llanto, amiga,
Y adiós... hasta que la parca
Nos reuna para siempre
De la gloria en el alcázar.

EN LA MUERTE DEL JOVEN NÉSTOR TRELLES.

Eterno llanto y momentánea risa
Semblante alegre y corazón de luto;
Hé aquí el legado conque el hombre pisa
La tierra, al parecer mansión de dicha,
¡Hé aquí! ¡oh dolor! de su afanar el fruto.
Mísero humano el que llorar no sabe,
Y mísero tambien aquel que llora;
Pero no sin ventura,
Cuando el amor ó la amistad deplora,
Porque halla su alma candorosa y pura,
Un secreto placer en la amargura:
Un secreto placer indefinible,
Dón á un tiempo feliz y desgraciado,
Cuyo goce divino, sólo es dado
A un tierno pecho, á un corazón sensible.
No siente el que no llora, ¿Y quien no siente
Puede acaso gozar? Yo te bendigo,
Omnipotente Dios del orbe, cuando
Pródiga siendo tu bondad conmigo,
Poder me diste de llorar cantando
Sobre la yerta losa de un amigo.
Poco ¡oh Nestor! ¿al mundo le importara
La amistad de algun mísero poeta?
Porque es su inspiración cual fuente rara,
Que todos gustan de su linfa clara;
Pero nadie la cuida ni respeta;
Mas la existencia de un mortal bondoso
Que sublimes virtudes prometía
En su florida edad; caudal copioso
De talento fecundo,
Esta, merece que su losa fría
Lágrimas bañan de dolor profundo:
Si el canto triste que mi plectro envía
Es meritorio á Dios, importa al mundo.
Tu padres afligidos
Lloran sobre tu inerte sepultura,
Como aves que volando en la espesura

Desiertos hallan sus amados nidos.
Tu inconsolable hermana,
Mal su dolor y su pesar modera,
Desde el instante que la parca fiera
Hundió en tu pecho su segur tirana.
De tus déudos y amigos,
¿Cómo pintar el triste desconsuelo?
Ellos de tu virtud fueron testigos;
Calma tú sus angustias desde el cielo.
Tambien mi lira con fatal quebranto
Llora tu infáusta y prematura muerte;
Pero feliz contémplate mi canto.
¿A qué vivir? ¿á escarnio de la suerte?
Mejor estás en el Empíreo Santo.
¡Feliz aquel que abandonó la tierra
Pasando con morir á mejor vida!
Sólo el sepulcro firme paz encierra,
Porque sobre la tierra envilecida,
Viven los justos en sangrienta guerra.

A LA MEMORIA DE UN HERMANO.

«Yo lloraré; pero amaré mi llanto
«y amaré mi dolor.»

QUINTANA.

Ven á mis manos, ven ¡oh lira mía!
No ya en el tono erótico templada,
Ni de fragante rosa y mirto ornada,
Como en un tiempo cuando Dios quería.
Ven á explicar mi insólita agonía,
Mi horrible pena, y mi dolor insano.
De blanca adelfa y de ciprés te viste,
Y acompañe tu són mi canto triste.
Sobre la tumba yerta de un hermano,
Sí, de un hermano, gala y ornamento
De sus deudos y pátria peregrina;
A quien privó de su vital aliento
La muerte, númen de terror y ruina,
Como seiba que nace en la colina,
Y quema el rayo, ó arrebata el viento.
¡Recuerdo de dolor! un tiempo era
Que yo ceñir solía
La cítara hechicera,
Con cuantas flores dá la primavera
Para cantar tu venturoso día.
¡Ay!... aquel día de placer y gloria
Que me contaba transportado al cielo,
Hoy rebozado en funerario velo

Aparece terrible en mi memoria.
Entónces de contento poseida
Tu grey, en terno tuyo se agrupaba
Y en sagrado entusiasmo embebecida,
Del corazón con vivas te auguraba
Años sin cuento de salud cumplida.
Mas ¡ay! que rara vez goza
Larga edad el mortal justo.
Los hombres son como flores,
El clavel no vive mucho,
La rosa presto perece.
Mientras los cardos incultos
Con sus manojos de espinas
Se ven morir de caducos;
Por eso los malos medran
Presentando siempre al mundo
Sus corazones de mármol
Y sus semblantes adustos,
Parece que ni la muerte
Se atreve á turbar sus gustos.
Y, cuando á fuerza de años,
Ceden marchitos y mústios
A la ley universal;
Entónces llenos de lujo,
De inscripciones y alabanzas,
Bajan yertos al sepulcro;
Pero en cambio el negro olvido
Se sienta sobre su túmulo,
Y nadie sabe si ayer
Existió; que en torno suyo
Escuchará, en vez de llanto,
El agrio canto del buho.
Los que heredaron sus arcas
Vestirán solemne luto;
Mas mirarán su cadáver
Como á los restos de un bruto;
Vivo insultó á la desgracia,
Muerto es bien que sufra insultos.
No cubrirán su ceniza
Con florecientes arbustos,
Ni del santo de su nombre
Querrá acordarse ninguno,
No un amigo ni un hermano,
De su amistad en tributo
Sobre su huesa, una gota
Verterán de llanto puro.
Pero en la tuya llorarán los buenos,
Tristes, á par que tu honradéz alaben,
De hipocresía y finjimiento agenos;
Porque los buenos saben

Que en tí perdió la sociedad un justo.
Jamás la fatal discordia,
Turbó de tu familia la concordia
Siguiendo el rumbo que marcó tu idea,
Sin vanidad, humano y compasivo,
Firme de corazón, franco, festivo,
Y alumno recto de la sacra Astrea.
Enemigo mortal de la malicia,
Dotado de virtud, de honor ansioso,
Siempre que hollaste el templo de Justicia,
Ciñó á tu frente el lauro victorioso.
Hijo sin mancha, inmaculado esposo,
Justo hermano, buen padre, fiel amigo...
—Acoge mi pesar, sepulcro santo,
Tú me causas dolor, me inspiras llanto,
Y yo mi llanto y mi dolor bendigo
Y habré de bendecirlos, mientras llega
La hora inevitable, postrimera,
De por siempre morar la tumba inerte;
Donde Dios, y no más, podrá apartarnos,
Porque no tiene autoridad la muerte
Para despues de muertos separarnos. (5)

LA LUNA DE OCTUBRE.

(En el cumpleaños de Fela).

¡Manes de bendición, manes sagrados
De la mujer que amé! los azulados
Alcázares dejad, do los querubes
Himnos cantan al Sér Omnipotente;
Bajad en forma de ligeras nubes,
Mi espíritu inflamad, templad las cuerdas
De mi lira doliente,
Y revolad en torno de mi frente.
Luna de Octubre, cándida y serena,
Nocturna reina que el celeste coro
Tu faz luciente de fulgores llena,
No más adornes con tu disco de oro
El turbante imperial de los sultanes,
Del sangriento profeta las mezquitas,
Ni el pendon de sus fieros musulmanes.
Antes bien, ilumina
Con tu argentada lumbre celestina
La fúnebre morada
Do yace la beldad que el alma adora;
La que nació cual matutina estrella
Clara, deslumbradora,
Que entre celajes rutilante brilla,